
AGUSTINA GUFFAIN VDA. DE DOITTAU

El espiritismo de las mujeres puertorriqueñas:
De las extraordinarias pioneras a sus herederas
contemporáneas

1907

Efluvios del alma: Colección de artículos y pensamientos por Agustina Guffain Vda. de Doittau

Agustina Guffain Vda. de Doittau

Follow this and additional works at: https://digital.kenyon.edu/espiritismo_agustinaguffain

Recommended Citation

Guffain Vda. de Doittau, Agustina, "Efluvios del alma: Colección de artículos y pensamientos por Agustina Guffain Vda. de Doittau" (1907). *AGUSTINA GUFFAIN VDA. DE DOITTAU*. Paper 1.
https://digital.kenyon.edu/espiritismo_agustinaguffain/1

This Book is brought to you for free and open access by the El espiritismo de las mujeres puertorriqueñas: De las extraordinarias pioneras a sus herederas contemporáneas at Digital Kenyon: Research, Scholarship, and Creative Exchange. It has been accepted for inclusion in AGUSTINA GUFFAIN VDA. DE DOITTAU by an authorized administrator of Digital Kenyon: Research, Scholarship, and Creative Exchange. For more information, please contact noltj@kenyon.edu.

BIBLIOTECA PUERTO-RRIQUEÑA.

EFLUVIOS DEL ALMA.

COLECCION

DE

Artículos y Pensamientos

POR

AGUSTINA GUFFAIN Vda. de DOITTAU.



MAYAGÜEZ, P. R.

Imprenta AURORA, calle Mc-Kinley, Núm. 13.

1907.



Agustina Guffain
Vda. de M. Daitan

Directora de
"El Novio de Paz"



A mi hija Guillermina.

A tí, amada hija, dedico mis humildes producciones. En tí he pensado para que durante tu corta ó prolongada existencia terrenal, grabes en tu mente las enseñanzas que, despojadas de galas literarias, encuentres en mis escritos, brotados al calor de mis ideas cristianas racionalistas.

Forma, pues, un pequeño BOUQUET con esas florecillas, que quizás algún día perfumen tu nuevo hogar.

Tu madre amantísima,

Agustina.



Advertencia.

NO ESTÁ DEMÁS advertir que esta breve colección de artículos, dentro de la doctrina espiritista, no contiene pretensiones de ninguna índole; anhelo solamente de alentar á la mujer puertorriqueña por esa senda de luz que el Espiritismo nos ha trazado.

AMAR y SENTIR son las facultades privativas del espíritu. Y así es en la mujer. Añadamos á esas facultades esenciales la de PENSAR, y pensemos libremente; eduquemos nuestro intelecto sin preocupación alguna, y de ese modo coadyuaremos mejor á la gran obra de la Regeneración humana.

Si en EFLUVIOS DEL ALMA hay algo en tal sentido, acojedlo con cariño; y si no, acojedlo con benevolencia, ya que en todos los libros siempre se aprende algo.

De todos modos es un profundo sentimiento de AMOR AL BIEN lo que os ofrezco en sus modestas páginas. .

LA AUTORA.



Miseria humana.

No busqueis atesorar bienes materiales; atesorad riquezas en vuestra alma, que las conservareis más allá de la vida planetaria.

Mira, muchacha, dile á ese pordiosero que perdone, que no tengo nada que darle! ¿Qué se figuran los limosneros? Como si una estuviera dispuesta á oír á diario sus lamentos!

Que se vayan al Asilo! Para eso doy todos los meses *treinta centavos!* Tras de dar para sostenerlos allí, también le he de dar á todo el que se presente.

¡No faltaría más! Muchacha, cierra la puerta para que no sigan molestando. ¡Ah! me olvi-

daba decirte que si viene á procurarme aquella viuda del manto en la cabeza, dile que salí á pagar unas visitas.”

De ese modo se expresaba una gran señora que va á misa todos los Domingos y fiestas de guardar; que se confiesa y comulga lo menos . . . una vez al mes.

Si esa es la educación que da la Religión de *nuestros mayores*, más vale no profesarla. Pues el pobre, como semejante nuestro, debe ser socorrido por los que no habitan en humildísimas chozas, ni se ven privados de una buena *manto* para cubrirse del frío. En cambio, el Espiritismo es la antorcha luminosa que guía al que va *extraviado* por el árido sendero de la vida. Es el bálsamo que alivia las penas de nuestra alma. Por eso el que se acoge á esa sublime doctrina que casi nos diviniza (espiritualmente hablando) aproximándonos á Dios, no puede menos que darse cuenta del por qué de la vida, de los pesares que experimenta, y aún más . . . del cúmulo de circunstancias fortuitas que nos asaltan á nuestro paso por la tierra. De ahí, que el verdadero espiritista no sienta el calor de las pasiones, que, como el egoísmo y el orgullo, ahogan todo gérmen de anhelos á la acción generosa.

Sí, éstas dos lepras del corazón humano son

las que han ofuscado y ofuscan á la mayor parte de los séres humanos. Porque el orgulloso no quiere rendirse ante ningún sér en la tierra; siempre se imagina que vale en *todo* y por *todo* mucho más que los demás que le rodean como si fuera un semi-dios

Mientras no sintamos todos el suave hálito del Espiritismo, la humanidad avanzará muy poco; porque el desarrollo intelectual si no va acompañado de la moral, que es el bien en todas sus manifestaciones, viene á ser el resultado de la *pobre* señora objeto de este mal hilvanado artículo, que adornando su cuerpo con ricas galas para frecuentar el Templo, abandona su alma sin perfumarla con la divina esencia de la Caridad!

Por estas y otras razones, el Espíritu encarnado debe desarrollar su inteligencia á la par de la moral, despojándose poco á poco de las pasiones que le *ciegan*, y que no le dejan progresar por la escarpada senda de su existencia terrestre.

Es preciso, pues, para el adelantamiento de nuestro *yo* pensante, hermanar la moral con la ciencia, y la ciencia. . . con la moral.

Diciembre, de 1900.



La Caridad.

Vedla ¡cuán hermosa! extendiendo su pródiga mano al indigente, al mendigo! Contempladla envuelta en efluvios de purísimo amor! ¡Qué bella es! ¡Caridad, precioso nombre que significa un mundo de sublimes bienandanzas! Todo el que se inclina ante tí, es benévolo, porque tú eres la Bondad por excelencia, y aquel que abriga en lo más íntimo de su alma los ternísimos sentimientos que como chispa divina has hecho brotar en él, no puede, bajo ningún concepto, contarse en el número de los que sin piedad desoyen la voz doliente del pobre, del desheredado de la fortuna, que viene á este mundo como un proscrito desterrado en vida! Sí,

porque la miseria muy bien podría llamarse soledad, pues no hay nada que aisle y reconcentre más á algunos séres, que la pobreza.

¡Cuán dignas de compasión son las almas que, no teniendo en cuenta sus pasados extravíos del *ayer* de otras existencias, miran con desdén y asco al leproso, al pordiosero que, escuálido por el hambre y la anemia que le consume, tiende su descarnada diestra al rico que niega un pedazo de pan, un pequeño óbolo al infeliz que no tiene más desgracia que ser pobre! ¡Cuántos hay que, envueltos en miserables harapos, tienen un alma radiante de blancura, y que jamás en el profundo silencio de la noche, han sentido la más leve sombra de remordimiento, que sin duda alguna experimentará el acaudalado que cierra su corazón á todo sentimiento de ternura, el más preciado, que es el Amor á nuestros semejantes!

¡Dichoso el que respondiendo al toque suave de la Caridad, abre sus puertas, dando paso franco á la más divina de las Virtudes!

Mayo, de 1901.



Celia y Arturo.

Episodio de una existencia.

Ella era una niña de catorce primaveras, con hermosos ojos de color de esmeralda, bella y simpática; se llamaba Celia.

En su rostro infantil se notaba cierto tinte de nostalgia, como de mujer que piensa. . . .

* *

El día era hermosísimo. . . . Llegó el momento de partir para la Iglesia, donde Celia iba á ser confirmada por el Obispo de la Diócesis.

Acompañada por la madrina y un niño de ésta, llegaron al templo; allí preguntó el confirmante si la niña había sido confesada. El niño, á quien llamaremos Arturo, contestó con preste-



¡Nobleza de alma!

Estamos en plenas fiestas de Candelaria. La afluencia de gentes invade las calles de la hermosa Ciudad. Óyese el sordo tañir de las campanas de la Iglesia parroquial, anunciando á los fieles, devotos de la excelsa Virgen, que pronto empezarán los oficios divinos.

En una suntuosa morada, habitada por un jóven matrimonio al parecer feliz, vése en el espacioso salón ricamente amueblado, á la dueña de aquel boato, de aquella superfluidad de lujo, que, primorosamente ataviada, se encuentra frente al espejo de luna veneciana poniéndose el sombrero de última moda, dispuesta ya, para ir al Templo á adorar á Dios prosternándose de hinojos ante el altar.

En los momentos que la dama disponíase á salir, acercóse á las puertas de la lujosa estancia, una pobre mujer, llevando de la mano á una chiquilla de pocos años.

En el rostro de estas infelices se denotaba el hambre de que eran víctimas.—Señora, tenga la bondad de darme algo para mi hija, dijo la infeliz mujer. Al oír estas frases, volvióse bruscamente la dama y diciendo con marcada altivez, “no tengo nada que darle”, internóse en sus habitaciones. Como casi siempre sucede, esta vez vióse humillada la pobreza ante el valio del orgullo.

Sin embargo, Dios que vela por todas sus criaturas, permitió que al bajar la escalera de aquella lujosa morada, la infeliz encontrara á su paso á otra compañera de infortunio que aunque decentemente vestida, estaba en peor situación, pues era de las pobres vergonzantes. Ésta, fijó sus hermosos ojos en el rostro de la desgraciada mujer, y llena del mayor interés, preguntóle si algo le había sucedido, al ver que raudales de lágrimas se deslizaban por sus pálidas mejillas. La interrogada la refirió lo ocurrido con la rica dama, y, ¡oh poder de los sentimientos humanos, de las almas nobles! aquella pobre, de aspecto simpático y decentemente vestida, extendió su mano depositando en la de su herma-

na en Dios, ¡dos monedas de cobre! “el denario de la viuda”.....

¡Cuán hermosa es la pobreza socorriendo á la indigencia!

Enero, 1902.

